





ALHENA LITERARIA

VIAJE A LA LUZ

PASEO CON HITCHCOCK POR CÓRDOBA Y GRANADA



ALFONSO COROMINAS RIVERA

# VIAJE A LA LUZ

PASEO CON HITCHCOCK POR CÓRDOBA Y GRANADA



alhenamedia

© del texto, 2009 by Alfonso Corominas  
© del prólogo, 2009 by Jorge M. Reverte  
© de la ilustración de cubierta, 2009 by Carlos R. Rosillo  
© de esta edición, 2009 by Alhena Media

Director editorial: Francisco Bargiela  
Edición: Antonio Redondo

Diseño: Juan Bonamusa  
Composición: Juan Ignacio García  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex

ISBN: 978-84-96434-29-5  
Depósito legal: B-36534-2009

Publicado por:  
ALHENA MEDIA  
Rabassa, 54, local 1  
08024 Barcelona  
Tel.: 934 518 437  
alhenamedia@alhenamedia.info  
www.alhenamedia.info

Primera edición: septiembre de 2009

Reservados todos los derechos.  
Ningún contenido de este libro podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin la autorización previa  
y por escrito de los titulares del copyright.

*Para Pilar. Para Carlos y Chopo*





## CONTENIDO

PRÓLOGO, por Jorge M. Reverte . . . . .	II
La niña de la estación . . . . .	15
En el expreso . . . . .	22
Amanecer en blanco . . . . .	30
La luz . . . . .	39
El auténtico estilo de Ayamonte . . . . .	46
<i>Salâm alêkcom</i> . . . . .	51
El guía . . . . .	58
<i>Gin tonic</i> en la Arruzafa . . . . .	67
Se cierra los jueves . . . . .	73
La torre de la coliflor . . . . .	81
La Mezquita . . . . .	87
Los músculos desconocidos . . . . .	92
Una cena excelente y todo lo demás . . . . .	98
Granada. De viaje con la Chusma . . . . .	104
La Alhambra . . . . .	112
¡Vuelvo a Granada! . . . . .	118
Dale limosna, mujer... . . . .	123
De regreso en alfombra . . . . .	129
La concubina . . . . .	136
La Ciudad Luminosa . . . . .	140
Azara y Abd al-Rahman . . . . .	145
¡Japuta y pijota! . . . . .	149
La última cena . . . . .	152
La casualidad . . . . .	157
AGRADECIMIENTOS . . . . .	165



## PRÓLOGO

LO PRIMERO QUE hay que pedir al autor de un libro es que sepa escribir bien. Parece obvio, pero no siempre es así. Y ésa es la cualidad de este que el lector tiene entre sus manos. Alfonso Corominas es un buen escritor. Eso se advierte desde la primera línea. Y se percibe, pese a que no hace alarde de ello, que estamos ante alguien que antes de escribir se puso a leer. Yo soy testigo de que se lo ha leído todo.

Lo segundo, que lo que cuente esté bien estructurado y contenga razonables dosis de novedad que nos hagan sentir que sin su lectura sabríamos menos de alguna cosa. Éste es un libro repleto de novedades.

Alfonso Corominas tiene un estilo propio de puro castellano culto pero dotado de la fluidez que los buenos escritores saben darle a una prosa que, justamente por estar alejada de la vulgaridad, se muestra precisa en cada uno de sus propósitos, de los que hablaré un poco más adelante. La diferencia entre lo alambicado y lo que ha pasado por el alambique; entre el retorcimiento del aparato y la destilación del licor.

Alfonso Corominas es, además, y no es pequeño el mérito, un escritor con grandes dosis de humor. Un humor también propio, que se desmanda en todas las direcciones, sin pararse en la que podría ser facilona en su caso, autocomplaciente exhibición de las carencias de su dueño. Woody Allen hace un perpetuo juego cómplice con sus lectores o sus espectadores en el que muestra su debilidad de hombre enclenque y de infancia difícil en el patio del colegio, de hombre feo al que las mujeres no hacen caso.

A Alfonso, en esa misma línea, le sobrarían los recursos para hacernos cómplices de las dificultades a las que se enfrenta alguien que no puede ver en un mundo lleno de obstáculos para los de su condición accidental, que es la de invidente. Tiene tanta fuerza mental y seguridad en su cerebro, que sería capaz de, sólo con eso, divertirnos sin provocar la piedad. Nos divertimos y ya está, por la forma en que cuenta las situaciones, por la forma en que se desprende de la realidad inmediata, por la forma en que empuja a esa realidad a mostrarse de otra manera.

Pero va más allá. Resulta que ésta no es la obra de un ciego, sino el libro de un tipo de exagerada inteligencia al que la naturaleza le ha jugado una mala pasada pero no ha sido lo bastante fuerte en su ciega maldad como para conseguir hundirle en la miseria y la autocompasión.

Ésa es una clave importante para leer lo que sigue: no estamos ante el libro de un ciego, insisto. Nadie que lo lea podrá decir, salvo que se trate de un iletrado, que ha gastado unas horas en ponerse en el lugar de un minusválido. Y eso que el anzuelo está echado desde el principio, por el fácil recurso de recordar el dicho de la desgracia del ciego en Granada. Y de ahí parte la desfachatez de Corominas, al aceptar el reto obsceno y contarnos cómo él no ha sido un desgraciado en Granada y Córdoba. ¿Qué ha hecho entonces desde esa condición? Pues dejarla en un segundo plano, apartarla casi para las bromas fáciles, y soltarnos una hermosa historia escrita desde un punto de vista (y tampoco es un chiste fácil utilizar la expresión en este momento) que nos resulta insólito.

Alfonso Corominas nos cuenta un viaje y nos demuestra que siempre hay algo que se nos escapa; que podríamos gozar en un viaje acompañado por su libro, de una manera distinta, de lugares como los descritos. Cómo suenan las cosas, cómo son al tacto, qué grandeza aflora de unos monumentos que solemos sólo ver, cuando también pueden ser sentidos con el oído, el tacto y el ol-

fato. Porque de eso trata el libro, de un recorrido andado con las herramientas que no solemos utilizar con la suficiente intensidad. Para explicarlo con un chiste malo que Alfonso Corominas gusta de perpetrar, lo que debería ser evidente nos lo muestra un invidente.

Yo les recomiendo que lean este libro y se empapen de su estupendo arte narrativo. Y que, después, se vayan a Córdoba y Granada a visitar a ojos cerrados esos sitios.

Dos experiencias por el precio de una. Eso sí, cada uno habrá de buscarse su propio sparring, el acompañante que todo buen boxeador necesita en sus entrenamientos. El personaje contrapunto que es Pilar no está en venta con el libro. Una racanería del editor.

JORGE M. REVERTE



## LA NIÑA DE LA ESTACIÓN

CUANDO VIAJO CON mi mujer nunca llevo el bastón blanco, y si alguna vez, por pura rutina, lo meto en la maleta, allí se queda hasta la vuelta, muerto de asco, con sus cinco tubos atados por la goma retorcida como un sarmiento elástico.

En los viajes, camino cogido del brazo de Pilar, confiado, tranquilo, seguro de que el mundo no tiene ningún motivo para golpearme en la cara con la rama de un árbol o ponerme un bordillo imprevisto ante los pies. Camino cogido de su brazo y no pienso, aunque lo sé muy bien, que si este brazo me faltara mi desgracia sería tal que de nada me servirían todos los bastones blancos del mundo, ni las más depuradas técnicas de movilidad para ciegos; ni siquiera me valdría de nada mi cínica sabiduría de viajero experto en sombras.

Colgado del brazo de mi mujer, poca gente nota que soy ciego, cosa que antes me alegraba, pero que con la edad y la experiencia, ya no. Ser ciego y no parecerlo no tiene ningún valor práctico pues, aunque los demás no lo noten, se sigue sin ver. En cambio, tiene su parte mala: en ocasiones, mirar sin ver puede resultar terriblemente equívoco. El comportamiento de un ciego que, inexpresivo, mira a sus interlocutores fijamente a los ojos siempre resulta desconcertante y, a veces, del todo impertinente. En mi caso es aún peor; a mi condición de ciego camuflado se une la de bocazas impenitente, junto con una timidez congénita de mi mujer, que ella encubre bajo el respeto a mi irresistible deseo de hablar siempre y mostrarme ingenioso y cordial.

Ayer volví a comprobar esto que digo. Llegamos con nuestras maletas a la estación de Atocha a eso de las nueve menos diez, las veinte cincuenta en términos ferroviarios. Todavía teníamos que sacar nuestros billetes de tren porque un directorcillo sin modales se había pasado por alto nuestro viaje sorpresa a Córdoba y me había puesto una reunión —sorpresa también— esa misma tarde, una de esas reuniones que no se consideran fructíferas si no terminan bien pasadas las ocho. Con esa perspectiva, nos pareció lo más prudente no sacar los billetes por adelantado, plantarnos en la estación en cuanto yo estuviera listo y pillar el primer AVE en el que hubiera sitio.

La estación estaba a rebosar y, a pesar del buen oficio de lazarillo de mi mujer, tropecé con un par de maletas, pisé a una vieja irascible y me llevé por delante a un niño alborotador antes de llegar al mostrador de información.

Después de diez minutos de cola, un par de cigarrillos y unos cuantos empujones de viajeros apresurados que creían perder su tren, nos encontramos al fin frente al mostrador de información.

Como hace siempre, mi mujer me adelanta dulcemente, empujando mi brazo, y ella se escuda tras mi mole, cosa fácil. Según dice Pilar, «me pone en suerte». Algún día analizaré esta expresión taurina que no parece dejarme en muy buen lugar.

—¡Pregunta! —me dice, con una voz tan sutil que sólo un oído en plena forma, como el mío, es capaz de oírla sobre el tumultuoso bullicio de la estación y la megafonía.

—Señorita, por favor... —pregunto, usando el femenino genérico que me sale de manera natural al dirigirme a cualquier azafata, telefonista, cajera, o, como en este caso, «señorita» de información.

—¡Señor! —me corrige apresuradamente mi mujer, pero habla en un susurro tan débil y yo estoy tan enfrascado en escucharme, tan satisfecho de mi voz bien impostada y mis maneras



exquisitas, que, aunque oigo a Pilar con toda claridad, no capto la advertencia horrorizada que contiene su mensaje.

Una voz aflautada y afónica, como de catarro, trufada de gallos y carraspeos, me contesta:

—¿Qué desea?

—Por favor, señorita, ¿podría decirme cuál es el primer AVE que sale para Córdoba? —contesto, clavando atentamente mi mirada verde en las sombras, justo unos centímetros más arriba del punto del que procede la voz femenina, directamente a los ojos de la amable señorita.

—Tiene... uno a las nueve..., y el... último... a... las... diez... —me contesta la voz cada vez más titubeante, como si mi pregunta tuviese algo de sorprendente.

—¡Muchas gracias, señorita!, me temo que al de las nueve ya llegamos un poco tarde, ¿verdad?

—¡Señor! —se oye que susurra nuevamente alguien a mis espaldas, tal vez Pilar.

La señorita teclea con enérgico frenesí en el ordenador.

—También... también tienen el expreso, un tren Estrella, a las once y diez —grazna bajo su penosa ronquera la desdichada—, pero..., claro, no es un AVE.

—A esas horas solo puede ser un expreso, ¡naturalmente, señorita! —afirmo, afablemente, ufano de mi condición de viajero experto, asiduo al tren.

—¡Señor! —me corrige Pilar por tercera vez y por el ángulo de su voz en mi oído derecho, me percató de que se ha escondido completamente tras mi humanidad de noventa kilos y mis hombros de orangután.

La señorita de información tarda un poco en responder, gorgotea como un puchero puesto al fuego y se aclara la garganta. La pobre lo debe pasar fatal con semejante catarrazo, teniendo que hablar a voces para que se le escuche sobre el escándalo de los viajeros y la megafonía.

—¡Sí! —dice con un graznido chirriante en el que se percibe, sorprendentemente, cierto tono de irritación—. El Estrella llega a Córdoba a las cuatro y cuarenta y dos de la mañana.

En su última respuesta, el tono de la amable señorita de información se ha enronquecido, como cubierto por una espesa flema de furia contenida. Yo no me arredro e insisto con la mayor cordialidad:

—Sale de Chamartín, ¿verdad, señorita?

—¡Sí, de Chamartín! ¡Ca... ca... caballero!

—¡Muchas gracias! Para sacar los billetes, en la ventanilla, ¿verdad, señorita?

—¡Señor! —me corrige Pilar con tono entre suplicante y furibundo, surgiendo de su refugio bajo tierra a mis espaldas.

De golpe, me doy cuenta de mi error; con quien estoy hablando es un señorito de información con voz de vicetiple. Trato de buscar una disculpa, pero no encuentro nada lo bastante rápido. Empezar a explicar que soy ciego..., provocar así una situación embarazosa a la supuesta señorita..., competir en amabilidad y buena educación con el auténtico señorito, él por no haberse percatado de mi ceguera, yo por cambiarle el sexo.

—¡No!, ¡no! —me dirá apuradísimo—. No tiene usted por qué disculparse. No me había dado cuenta de... su problema. ¡Es que no se le nota nada!, ¿eh?

Yo insistiré:

—De... de verdad... ¡le pido mil perdones! Yo tampoco me había dado cuenta de que usted es un tío. Como no le veo, claro, y... ¡con esa voz!

Mejor dejarlo correr.

Oigo un bronco carraspeo ante mí. Una voz varonil de guardia civil enfurecido me contesta:

—¡De nada, caballero, para servirle..., caballero!

Al acabar, aún se le escapa un gallo. ¡Hay voces con las que no se puede...!

Nos alejamos del mostrador de información. Mi mujer va hecha un basilisco y yo trato de aguantar el chaparrón, atacando su punto débil, el sentido del humor.

—Vaya cara se le habrá quedado al tío, ¿no? Le ha debido de parecer todo tan exagerado, ¡ja, ja, ja!

El mutismo acusador de mi mujer y la velocidad con que hemos emprendido la huida indican que no está el horno para bollos. Más me vale no hacerme el gracioso encima. Me concentro en la marcha y en seguirla lo más miméticamente posible, para evitar que mi esalón a ciegas entre maletas, cargado como un porteador africano, termine en un batacazo de padre y muy señor mío.

—¡Un bigardazo con pinta de Sandokán! ¿Por qué diablos tienes que llamarle «señorita», eh?

—Hombre..., es lo normal... En información... ¡Con esa voz...! Reconoce que tiene algo de gracia, ¡ja, ja, ja!

—¡Muchísima! ¡Serás machista!, ¿me quieres decir por qué diablos no puede ser un tío? No señor, en información sólo puede haber tías. ¡Lo tienes clarísimo!, ¡toda la vida igual!

—Gajes de viajar con un ciego —me disculpo, pero es peor.

—¡No tengas morro! No tiene nada que ver con ser ciego, sino con ser un machista de mierda. ¡Todos los tíos sois iguales!

Vaya. El caso es que tiene razón. Por suerte, el sentido del humor de mi mujer acude en mi auxilio en el último momento, como el bueno en las películas americanas.

—Y a las tías no hay quien nos entienda —dice Pilar, completando el tópico con absoluta precisión.

Se echa a reír y aplasta su carita mimosa contra mi cazadora de cuero.

—¡Pobre hombre! Tenías que verlo. Un barbas inmenso como Fidel, y tú, señorita, señorita, señorita. ¡Ay, por Dios!, ¡me va a dar algo!

Los dos reímos y aguardamos pacientemente una nueva cola para sacar nuestros billetes. Resulta que no quedan plazas en el

AVE de las diez y, naturalmente, para el de las nueve ya se nos ha pasado la hora. Tampoco hay sitio en el de las nueve de la mañana, y el primero, el de las siete y media, parece una completa exageración.

—¿Nos volvemos a casa con maletas y todo?

—¿Y darnos mañana un buen madrugón?

—¡No hay otra!, o si no..., coger el de las once... y llegar al mediodía.

Decidimos que, metidos en viaje, nos vamos como sea. Renunciamos a la alta velocidad y tomamos un departamento en el *wagon-lits* del expreso. Craso error, en el que caemos en honor de nuestro primer viaje en tren de novietes a Sitges, que también fue en coche cama, cama de matrimonio durante ocho maravillosas horas, aunque parezca imposible por la incomodidad del mueble.

Es una lástima porque el AVE tarda la tercera parte y se viaja de día, lo que a los dos nos gusta más. Pero..., qué más da; también el expreso tiene para nosotros su puntito mágico gracias a ese buen recuerdo. Ni por un momento nos hemos planteado qué vamos a hacer en Córdoba a eso de las cinco de la mañana; puede ser que no hayamos oído a la señorita/o de información, puede que una vez puestos en camino no estemos dispuestos a arredrarnos por tonterías, puede que la RENFE pille un par de horas de retraso y, en tal caso, las siete de la mañana ya no estarían tan mal.

En el taxi, camino de Chamartín, me noto intranquilo, como si me esperase una prueba difícil de la que dudo salir con bien. Desde luego, no tiene nada que ver con el contratador del mostrador de recepción, ni con el momentáneo enfado de mi mujer, que ya es historia y, como siempre, no ha dejado la menor huella en nuestro buen humor compartido. Acaso sea la reunión sorpresa con el directorcillo, casualmente mi jefe, pero no creo; la reunión ha sido un verdadero tostón, pero no una encerrona.

Siento algo parecido al miedo y no me gusta. Es la misma sensación que cuando me presentan a un nuevo directivo en el banco. Sé que antes y después de verme alguien le habrá comentado que soy ciego, pero... un ciego muy capaz. Sé que, de momento, el nuevo no se lo creerá aunque no diga nada y que, durante un tiempo, me tratará con muchísimo tacto y una amabilidad protectora y ofensiva. Tal vez, después de un par de vigorosas broncas por un conflicto de intereses entre su departamento y el mío, deje de compadecerme y empiece a considerarme muy capaz, por lo menos, de ser un perfecto impertinente. Generalmente, por necesidad y con el roce, terminamos como buenos colegas y pudiendo trabajar bien; hacernos amigos ya es otra cuestión, pero eso es cosa de la edad y no de la vista.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Pilar que me conoce, al menos en lo emocional, como no creo conocerme yo mismo—. Se te ha puesto cara de viaje.

—Pues, sí —contesto asombrado—. ¡Joder! ¿Te puedes creer que estoy nervioso por el fin de semana?

—¡Claro!, ¡yo también!